

tratan como tú los tratas con él, son peligrosos, y sobre todo, para mí.

“No olvides siempre mandarme el aviso oportuno de las noches en que no va Su Majestad á verte, para ir yo.

“Tuyo hasta la muerte,

I.”

—Esa carta vale un tesoro—dijo Benavides.

—Con esa carta se puede perder á esa mujer.

—Pero no está firmada, y una inicial no es prueba.

—Todo lo que importa es que el rey sepa que D^a Inés tiene un amante, y poco importa quién sea éste.

—¿Y cómo hacer para que esta carta llegue á manos del rey?

—Sencillamente: escribiendo un anónimo á S. M., dentro del cual se incluirá esta carta; y tú por medio de la servidumbre la harás llegar á sus manos.

—¿Y bastará?

—Sí, porque en ese anónimo le indicaremos que á tales horas vijile la casa de su amada y verá entrar á un hombre.

—¿Pero si no llega ese hombre?

—No importa, tú serás el que entres á ver á tu Isabel, y el rey que acecha celoso no podrá saber quién tú eres, ni á quién vas á ver.

- -Comprendo, escribe.

D. Fernando tomó un papel y se puso á poner una carta.

XII.

De como el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de D^a Inés, y el duque de Alburquerque creyó que era Valenzuela, y Doña Inés creyó que el duque lo era de Isabel.

ON Antonio se manejó con tal habilidad que el rey recibió el anónimo que le enviaba D. Fernando de Valenzuela avisándole que en la noche siguiente á las doce podia satisfacerse por sus ojos de que D^a Inés tenia otro amante.

D. Carlos II no tuvo dificultad ninguna en dar asenso á semejante noticia, porque todos los hombres muy principiantes en amores ó muy diestros están dispuestos á encensarse hasta de una sombra.

Como el rey no tenia mas persona de quien confiar en estos amores que del duque de Alburquerque, con él quiso desahogar aquella pena.

—Duque—le dijo en la mañana—quiero confiarte un secreto que me está martirizando.

—Puede hablar V. M., seguro de mi discrecion y afecto

—¿Recuerdas aquella dama. . . la del estanque de los peces en el Escorial?

—Sí, señor, D^a Inés de Medina.

—La misma; como tú debes suponer, mi amor ha ido en aumento de día en día.

—Lo creo, señor.

—Pues bien, esa dama me engaña, duque; me engaña.

—¿Será posible, señor?—preguntó el duque alegremente, porque creía que esto era la confirmación de las protestas de fidelidad que le había hecho la joven—¿será posible? ¿esa dama no corresponde como debiera al cariño de V. M.?

—No, duque, no es eso; ella me ama y bastantes pruebas tengo de ello; me ha concedido cuanto una dama puede conceder á su amante.

El duque sintió una especie de nudo en la garganta.

—¿Pues en ese caso, señor—dijo haciendo un esfuerzo—por qué V. M. no se cree feliz?

—Porque esa mujer tiene un amante, que entra á su casa en las noches y cuando yo no voy.

Al duque le pareció que se le hundía la estancia; conocía el carácter hipócrita y disimulado de Carlos, y comprendió que aquello era una celada, y que había descubierto sus amores con Inés.

— Señor—tartamudeó—me parece increíble.

—Y sin embargo, nada hay mas cierto, y segun me informan es un señor muy principal de la corte.

—¿Sabe V. M. el nombre?

—¡Ojalá!—esclamó el rey—cara habría pagado su temeridad.

El duque estaba pálido, y no se atrevía ni á levantar los ojos.

—¡Ay de ellos!—continuó el rey—si llegó á descubrirles! y les descubriré.

—¿Y cómo señor?

—Mira, sé que esta noche debe ir ese hombre á la casa de la dama á las doce; antes de todo necesito ver si es cierto que ella le recibe esta noche á las doce; tú y yo, duque, nos apostaremos frente á la casa y veremos si entra ese galán.

—Como lo disponga V. M.

—Esta noche á las once y media te espero bien armado.

—Sí, señor.

El duque sentía que se ahogaba: precisamente era la hora en que debía entrar á la casa de la joven.

Habían vendido su secreto, pero se les había escapado su nombre.

Pero bien podía Carlos II esperar toda la noche porque yendo el duque en su compañía era seguro que el misterioso amante no entraría á la casa de D^a Inés.

Confiado en esto, el duque salió á la hora convenida acompañando al rey y caminaron hasta colocarse misteriosamente en frente de la casa de la dama.

—Aquí—dijo el rey—ocultos en la sombra de este muro podremos ver quién entra: ¿no te parece duque?

—Sí, señor—contestó el duque, y pensó luego—de fijo que no verá S. M. entrar á nadie porque el que debiera entrar está á su lado y no lo hará.

Pasó así algun tiempo; ya las doce habían sonado y nadie aparecía por la calle.

El rey se impacientaba y decía:

—¿Si será este un engaño?

—Puede suceder, señor—contestaba el duque, agregando en su interior—es seguro que nadie vendrá.

Derepente en medio del silencio se escuchó el ruido de los pasos de un hombre que avanzaba con precipitación.

—Allí viene—dijo el rey.

—No lo crea V. M.—contestó el duque seguro como lo estaba de que nadie vendría.

El eco de aquellos pasos se escuchó mas y mas cerca y por fin un hombre embozado hasta los ojos, á lo que podia descubrirse á la escasa claridad de las estrellas, se detuvo delante de la casa de D^a Inés y llamó con mucha precaucion.

—Tenia yo razon—dijo el rey conteniéndose apenas.

—En efecto—contestó el duque limpiándose los ojos porque creia estar soñando.

Entonces vieron abrirse la puerta de la casa, y á la luz que habia en el interior pudieron descubrir á Isabel que venia á abrir; el hombre entró y la puerta volvió á cerrarse.

Como el rey y el duque habian llegado muchas veces á la misma puerta, y la misma Isabel les habia abierto y les habia conducido hasta la cámara de D^a Inés, los dos creyeron que aquel era otro amante y los dos tenian motivo para creerlo porque todas las apariencias condenaban á D^a Inés.

Y sin embargo, como nuestros lectores habrán conocido, aquel misterioso embozado no era otro que D. Antonio de Benavides.

—Vámonos—dijo el rey cuando la puerta se cerró—he visto lo bastante y estoy satisfecho; mañana castigaré á esa mujer.

—Hará muy bien V. M., porque lo merece.

Y embozándose los dos en sus capas, se dirijieron otra vez al palacio.

El duque repasaba en su memoria los nombres de todos los jóvenes de la corte para fijar en alguno sus sospechas.



Tenia yo razon—dijo el rey conteniéndose apenas. Pág. 236.

Así en vacilacion caminó largo rato hasta que creyó haber dado con el hilo y poco faltó para que hubiera exclamado:

—Le encontré.

En efecto, habia pensado que aquel hombre no era otro que D. Fernando de Valenzuela, de quien ya la corte murmuraba que tenia amores con D^a Inés.

El rey por su parte no se preocupó en adivinar quién sería aquel amante misterioso; bastábale saber que D^a Inés le engañaba y en aquellos tiempos engañar al rey aunque fuera en materias de amor era el mayor de los delitos.

Benavides, que iba ya prevenido y suponiendo que estaba en acecho el rey ó por lo menos algun enviado suyo, procuró hacer de manera que su llegada á la casa se hiciese muy notable, y ya hemos visto cómo lo consiguió.

D^a Inés esperaba aquella noche al duque de Alburquerque y permanecía en vela; oyó sonar la puerta y creyó que él sería, pero pasó mucho tiempo; Isabel no la anunció su llegada y ella supuso que se habia equivocado tomando un cualquier rumor por el ruido de la puerta de su casa.

D^a Inés habia conservado sus relaciones con el duque á pesar de ser ya casi la dama del rey.

El duque, crédulo hasta la puerilidad, como todos los hombres enamorados habia creido que el engañado en aquel juego era el rey, que D^a Inés le amaba á él, y que á Carlos II solo le halagaba para conseguir un fin político, la caída de Valenzuela y la entrada de D. Juan de Austria al gobierno.

D^a Inés esperó aún mas de una hora y mirando que el duque no venía determinó no aguardarle mas y se levantó

casi sin intencion para ir en busca de Isabel á quien suponía en espera del galan.

Se dirigió así por algunas habitaciones, y cerca ya de la escalera oyó el murmullo de dos voces.

Eran á no dudarlo un hombre y una mujer que hablaban.

Al principio creyó que seria el duque que por algun accidente imprevisto llegaba mas tarde de lo de costumbre, pero las voces se alejaban en vez de acercarse.

Entonces salió: el corredor estaba oscuro, y apenas pudo distinguir á lo lejos dos sombras que se perdian en aquella misma oscuridad.

Procuró escuchar, y al momento conoció la voz de Isabel.

En cuanto á la del hombre que hablaba con ella, su misma preocupacion la hizo creer que tenia semejanza con la del duque.

Acercóse mas procurando no ser sentida: el galan se habia despedido y decia en voz baja á Isabel:

—Mucho secreto, vida mia: que tu señora no vaya á descubrir nada.

—No temas—contestaba Isabel—nadie mas que yo está interesada en que no lo conozca.

—¿Mañana vendré?

—No, porque es día que tiene que venir el rey.

—Adios.

—Adios.

D^a Inés no tuvo ya duda ninguna, el duque la engañaba, la engañaba por una mujer como Isabel.

El orgullo pudo en su corazon mas que los celos; creyó ridículo que Isabel conociera que ella sabia el secreto de sus amores, se sintió humillada con aquella rivalidad, y

antes que Isabel se apercibiera de su presencia se retiró furiosa á su cámara y se encerró en ella.

Isabel acompañó á su amaute hasta el portal de la casa, y volvió á subir tranquilamente.

Llegó hasta el aposento de su señora encontróle cerrado, y entonces ella á la vez sin sospechar nada se retiró á descansar.

D. Antonio de Benavides salió de la casa mirando con curiosidad en su derredor.

—Vamos—esclamó—es natural que á esta hora haya surtido su efecto la tramoya, y el rey esté convencido de lo que vale su D^a Inés.

XIII.

De como el dia en que Doña Inés esperaba el triunfo, fué el mismo en que recibió la derrota.

L rey se retiró á palacio desesperado: el primer desengaño amoroso de su corazon coincidia naturalmente con su primer golpe de experiencia.

El duque de Alburquerque no tenia ni de qué hablar á S. M. porque él se encontraba poco mas ó menos en la misma condicion.

Al primer albor de la mañana el rey se levantó; queria pensar algo para vengarse de D^a Inés, para castigarla.

Pero hubo un acontecimiento que le hizo olvidar todo aquello como por encanto.

El príncipe D. Juan de Austria llegó á la corte.

El príncipe se introdujo de incógnito y llegó á la casa del marqués de Rio-florido.

Desde allí comenzó á enviar recados al rey para animarle á que diese el golpe de gracia á la reina y á Valenzuela.

D^a Inés, que ignoraba todo lo que sentia D. Carlos con-

tra ella, por lo mismo que ignoraba lo que habia acaecido la noche anterior, estaba enteramente satisfecha.

A cada momento aparecia mas clara y mas decidida la voluntad del rey, y D^a Inés soñaba ya en su triunfo considerando que todo aquello se debia á su ingenio.

Por fin, en la tarde el rey mandó aviso al príncipe de que estaba resuelto y que esperase sus órdenes.

Nada de esto se habia traslucido en palacio; D. Fernando de Valenzuela seguia gobernando tranquilamente, la reina le amaba cada dia mas, y nada turbaba la tranquila felicidad de que gozaban.

D. Antonio de Benavides entró á dar cuenta á D. Fernando de Valenzuela del éxito de la empresa.

—Todo ha salido perfectamente—dijo Benavides—el rey recibió la carta y en la noche salió á rondar la casa de D^a Inés.

—¿Y bien?

—A la hora citada llegué, y entre las sombras creí percibir un ruido, y estoy seguro de que era S. M. el que estaba en acecho.

—¿Y te veria entrar?

—Creo que sí, porque procuré detenerme en la puerta, y me dejé bañar por la luz que traia Isabel en la mano cuando salió á recibirme.

—¿Y no te conoceria?

—No, porque el embozo y el sombrero me cubrian, y procuré cambiar el modo de andar.

—¿Y el rey iria solo?

—No; segun lo que he podido averiguar le acompañaba el duque de Alburquerque.

—El otro amante de D^a Inés, segun se dice.

—Exactamente.

—Muy bien, ¿y no has sabido si el rey ha hecho ó dicho algo respecto de esto?

—Todavía no, pero lo sabré.

—Bien, de todos modos esto no puede menos de dar un buen resultado, y D^a Inés caerá de la gracia del rey; Benavides, procura estar al tanto de lo que pase y avísame.

—Lo haré.

.....
 Eran las once de la noche y por una de las puertas de palacio salieron misteriosamente dos hombres y comenaron á caminar con mucha precipitacion.

Por la conversacion que entre ellos llevaban podia conocerse inmediatamente quienes eran ellos.

—Duque—decia el uno—la importancia del paso que voy á dar me ha impedido todo el dia pensar en esa mujer.

—Como que este paso, señor, va á salvar á la monarquía.

—Temo aún que mi madre y Valenzuela procuren oponerse y tengamos grandes dificultades.

—Eso segun el modo con que se obre; si V. M. tiene la suficiente enerjía, mañana al asomar la luz todo habrá cambiado y Valenzuela no será sino lo que siempre debiera haber sido, un hidalgo sin prestigio ni valimiento.

—Estoy decidido y no será enerjía lo que me falte.

—Considere V. M. que nos pierde á todos sus amigos, porque si el apoyo de V. M. nos falta en este lance, y despues de lo acontecido, Valenzuela se vengará cruelmente de nosotros.

—No temas, duque, yo te prometo que todo saldrá bien,

te he dicho que estoy decidido, y no me detendré ante ningun obstáculo.

A la mañana siguiente una noticia grave circuló por la corte y por la ciudad.

Muy temprano se supo que el rey se habia salido ocultamente de palacio con un caballero, y que se habia instalado en el Buen Retiro, desde donde habia enviado una orden á la reina D^a María Ana de Austria para que no saliese de palacio.

El escándalo era completo, todo el mundo se daba el parabien, no tenian realmente por qué alegrarse, porque ademas de que apenas conocian la índole de Carlos II y sus talentos para gobernar, la administracion de D. Fernando de Valenzuela habia sido una de las mas benéficas en aquellos tiempos.

La salida del rey de palacio y la orden enviada por él á la reina, venian á constituir una verdadera revolucion.

Empezaba un nuevo reinado.

Todos los nobles y todos los cortesanos se dirijieron en romería al Buen Retiro á presentar sus homenajes á Carlos.

Se trataba nada menos que de granjearse la voluntad del nuevo soberano y esta cuestion era de la mas alta importancia.

La historia dice que pocas veces se han visto mayor número de regalos ni mas valiosos que los que recibió en aquel dia Carlos II, y hubo señores en la corte que le hicieran presentes por valor de mas de cien mil pesos cada uno.

D. Juan de Austria esperaba estos momentos, y no tardó en llegar al Buen Retiro, llamado por el rey y sus amigos, y su presencia fué celebrada en Madrid como el pri-

mero de los beneficios que le traían á España la separación de la reina y la caída de Valenzuela.

D^a Inés supo como era natural que el rey debía salirse de palacio y estacionarse en el Buen Retiro y toda la noche estuvo en vela, al principio esperando la noticia de la salida del rey, y despues que supo que ya S. M. estaba en el Buen Retiro, soñando en el triunfo que la esperaba al siguiente dia, cuando el rey la dijera, como debía decirle:

—Señora, todo esto se os debe á vos.

Al dia siguiente vió partir al príncipe D. Juan de Austria que iba á unirse con el rey y supo que la reina estaba impedida por orden de Carlos II de salir de palacio.

Valenzuela habia caido arrastrando á la reina en su desgracia: D^a Inés estaba vengada.

La hija del marqués de Rio-florido se sintió orgullosa con aquel triunfo.

Habia conseguido vengarse, la faltaba ahora cimentar su poder.

Todos los señores de la corte se apresuraban á felicitar á Carlos, y el marqués y su hija no quisieron ser de los últimos, tanto mas cuanto que se consideraban ya de la casa real.

El marqués y su hija salieron en una soberbia carroza y se dirijieron al Buen Retiro.

D^a Inés iba radiante de felicidad y de orgullo.

Entraron á palacio con toda la firmeza del que penetra en un país que ha conquistado.

Los corredores, los patios, los salones estaban llenos de damas y de caballeros, y con mucho trabajo Medina y D^a Inés llegaron á atravesar entre la muchedumbre.

Estaban cerca de la cámara de S. M.: los acontecimien-

tos habian relajado un tanto la etiqueta, y como todos deseaban ver al rey, él habia dado orden de que se anunciara á todo el mundo.

—El marqués de Rio-florido y su hija—dijo el marqués al jentil-hombre de cámara que estaba de guardia con el rey.

El jentil-hombre entró para hacer anunciar al marqués.

Tardó mucho en salir y el marqués comenzaba á inquietarse y D^a Inés le calmaba.

Por fin el jentil-hombre salió, pero no dijo al marqués que pasase sino que le entregó un pliego cerrado.

D^a Inés pensó luego que seria algun nombramiento.

El marqués abrió el pliego, leyó y se puso pálido como un cadáver.

—¿Qué es, padre mio?—dijo.

—Lee—dijo trémulo el marqués.

Inés leyó y se puso pálida tambien.

—Una orden—dijo—para que vos y yo salgamos inmediatamente para la Nueva-España.

—¿Por qué causa?

—No lo alcanzo: pero allí llega el duque de Alburquerque: él nos dirá y sabrá salvarnos.

D^a Inés se dirigió al duque que precipitadamente se acercaba, pero el duque al verla ir á su encuentro, dió la vuelta y se retiró sin saludarla.

D^a Inés comprendió cuánto queria decir aquello y volviéndose á su padre, exclamó:

—No hay esperanza.

—No la hay, vámonos—dijo el marqués.

Y dando el brazo á su hija salieron violentamente y subieron en la carroza.

Los que les habian visto llegar tan orgullosos rompiendo por medio de la muchedumbre, y despues les veian salir pálidos y silenciosos, comprendieron lo que habia pasado, y mas de una sonrisa burlona asomó á los labios de los que con mas envidia les habian visto entrar.

D^a Inés y su padre no hablaron en todo el camino una sola palabra, pero al encontrarse dentro ya de su casa, D^a Inés dijo:

—Padre, es preciso partir cuanto antes á México.

—Para cumplir la órden—contestó tristemente el marqués.

—Para ocultar nuestra vergüenza—esclamó la jóven. Y llorando de rábía se encerró en su aposento.

XIV.

De lo que aconteció á la reina Doña María Ana de Austria y á D. Fernando de Valenzuela.

A reina pasó todo el dia llorando en su cámara, encerrada y sin mas compañía que la de D^a Eujenia.

En aquellos momentos de desgracia, como sucede siempre en el mundo, todos la habian abandonado y el aislamiento en el infortunio es tan completo cuanto mayor es la altura de donde se ha caído.

Pero en medio de su dolor, D^a María Ana sentia mas que el paso dado por el rey, la separacion de D. Fernando de Valenzuela que calculaba como una necesaria consecuencia.

No se ocultaba á la reina el odio que el rey, el príncipe D. Juan y toda la nobleza profesaban á Valenzuela.

D. Juan de Austria habia llegado al palacio del Buen Retiro, y Madrid celebraba su llegada con grandes muestras de regocijo.

Y mientras en el Buen Retiro se reia y se gozaba y se recibian los plácemes y los regalos de la nobleza, la reina

jemia en la soledad, y Valenzuela esperaba el destierro ó la muerte.

Así se pasó otra noche.

A la mañana siguiente, la reina recibió una orden del rey en la que se la prevenia que saliese inmediatamente para Toledo.

Habia llegado el momento terrible para ella, el momento de la separacion de D. Fernando: la reina le envió á llamar y se encerró con él.

Al principio D^a María Ana no pudo ni articular una palabra, se arrojó al cuello de Valenzuela y lloró como se llora en presencia de una desgracia inmensa, irremediable.

—Cálmate, señora—la decia Valenzuela—cálmate; Dios ha querido probar la fortaleza de nuestras almas; nuestro amor va á recibir la prueba del dolor y del martirio: señora, estoy resignado, porque Dios lo dispone así; estoy contento porque puedo probarte ahora que aún te amo mas, perseguida, abandonada de todos, retirada á un convento, que sobre el trono, rodeada de una corte aduladora y disponiendo de la suerte de una estensa monarquía. ¡Cuán hermosa! cuán amada eres para mí en tu desgracia, señora! siento que esas lágrimas que viertes purifican nuestro amor. . . .

—Valenzuela, cuánto me consuelan tus palabras! ¿no me olvidarás? ¿no me abandonarás?

—¿Olvidarte, señora? ¿abandonarte? ¿acaso te amé porque eras reina? ¿acaso otro móvil que el cariño ha guiado mi corazon para adorarte? D^a María Ana, te amo mas en estos momentos, porque comprendo la grandeza de tu alma que en medio de la desgracia no se ocupa mas que de mí.

—Sí, Valenzuela, por tí, no mas por tí, siento dejar el

trono; por tí, porque tú merecias sentarte en él, porque soy tan infeliz mujer que no puedo retirarme á una cabaña á pasar mi vida á tu lado; porque pierdo la corona pero no alcanzo mi libertad; porque dejo de ser reina sin dejar de ser prisionera, y consuela no mas á mi corazon que al bajar del trono no pierdo tu amor, Valenzuela, y que mientras fuí reina hice cuanto pude para probarte lo grande y lo intenso de mi cariño.

—Señora, tu amor y tus beneficios vivirán siempre en mi alma y ni la muerte misma podrá arrancarlos, porque si el espíritu sobrevive, si hay otra mansion mas allá de la tumba para las almas, la mia guardará esta memoria.

—Valenzuela—dijo la reina llorando.

—Oyeme, señora; yo pobre hombre, indigno de fijar una sola de tus miradas, fuí levantado hasta tu altura; me amaste, señora, hiciste por mí lo que solo Dios podria haber hecho; todo el caudal inmenso de mi gratitud no basta para pagar uno solo de tus favores. Llegó el supremo instante de la separacion, señora; tus enemigos y los míos han triunfado, pero llevo mi conciencia tranquila, nada he hecho que pueda afrentar, señora, tu nombre ó la memoria de tu gobierno; por los míos no he torcido nunca la justicia; el dinero de tus arcas, señora, no ha servido para vanos caprichos ni para satisfacer personales ambiciones. D^a María Ana, ante tí de hinojos en estos instantes terribles te juro, señora, que como reina jamás abusó de tu confianza el vasallo escojido; que como amante no has dejado de ser el norte y la guía de todos mis pensamientos, de todas mis acciones.

La reina no pudo ni contestar y abrazada del cuello de D. Fernando, lloraba y jemía sin consuelo.

—Adios, señora—esclamó Valenzuela—adios, quiera el cielo concederte la resignacion que necesitas; adios, el corazon me dice que será una despedida eterna; adios, no me olvides. . . . no me culpes. . . . te amo y te amaré siempre: adios, adios. . . . hasta la eternidad.

D. Fernando como un loco se desprendió de los brazos de D^a María Ana y salió corriendo de la estancia.

—Fernando. . . . Fernando. . . . amor mio. . . . no te vayas que quiero morir á tu lado—esclamó la reina.

Y luego con los brazos tendidos hácia la puerta por donde acababa de salir Valenzuela, dió algunos pasos vacilando y cayó desmayada.

En aquel instante se abrió otra puerta y D^a Eujenia, pálida, conmovida y con los ojos encendidos por el llanto, entró precipitadamente, y levantando la hermosa cabeza de D^a María Ana de Austria, la colocó cuidadosamente en su regazo, esclamando:

—Dios mio! . . . Dios mio! . . . la desgracia ha caido sobre nosotros.

.....
.....
Aquella noche una carroza conducia á la reina D^a María Ana de Austria á Toledo.

D^a Eujenia acompañaba á Su Majestad.

Las jentes de justicia, comisionadas por el señor príncipe D. Juan de Austria, buscaban por todas parte á Valenzuela.

Pero nadie sabia el paradero de D. Fernando.

El príncipe D. Juan y sus partidarios habian conseguido sus deseos.

El príncipe, con el carácter de primer ministro de su her-

mano el rey Cárlos II, mandaba ya en la monarquía sin obstáculo de ninguna clase.

Pero habia sido tan grande el poder de D. Fernando de Valenzuela, y se habian acostumbrado tanto todos á temerle y á respetarle, que así fujitivo y oculto, todavía imponia á sus enemigos, todavía creian verlo aparecer á cada momento.

Por eso el príncipe tenia tan gran empeño en su aprehension.

Hasta entonces ninguno se creia seguro.

Solo el marqués de Rio-florido y su hija habian perdido la partida y estaban á la hora del triunfo en momentos de salir desterrados para la Nueva-España.